

Alzad vuestros ojos

Dr. Justo L. González



Sermon
Guayaquil, Ecuador
August 16, 2015

Alzad Vuestros Ojos

Juan 5.35; Col 3.1-4 y 9b-11; II Reyes 6.15-23

Nuestros textos para hoy son tres pasajes bíblicos, uno muy breve, del Evangelio de Juan, otro de la Epístola de Pablo a los Colosenses, y el tercero del Antiguo Testamento. El del Evangelio es bien conocido, y se encuentra en el capítulo 5 del Evangelio de Juan, versículo 35: “Él era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz” (Juan 5.35; RVR1960).

El segundo pasaje, del capítulo 3 de Colosenses, dice:

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. (Col 3.1-4; RVR1960).

...habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos (Col 3. 9b-11; RVR1960).

El tercer pasaje se encuentra en II Reyes 6:15-23 y antes de leer, es notable mencionar que

durante el tiempo del pasaje el rey de Siria creía que había espías en su medio. Se convence de

que el problema es Eliseo, y manda un ejército a Dotán para hacerlo prisionero. El pasaje dice:

Y se levantó de mañana y salió el que servía al varón de Dios, y he aquí el ejército que tenía sitiada la ciudad, con gente de a caballo y carros. Entonces su criado le dijo: ¡Ah, señor mío! ¿qué haremos? Él le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo. Y luego que los sirios descendieron a él, oró Eliseo a Jehová, y dijo: Te ruego que hieras con ceguera a esta gente. Y los hirió con ceguera, conforme a la petición de Eliseo. Después les dijo Eliseo: No es este el camino, ni es esta la ciudad; seguíme, y yo os guiaré al hombre que buscáis. Y los guio a Samaria.

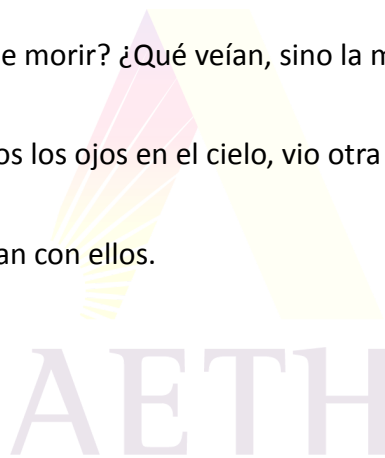
Y cuando llegaron a Samaria, dijo Eliseo: Jehová, abre los ojos de estos, para que vean. Y Jehová abrió sus ojos, y miraron, y se hallaban en medio de Samaria. Cuando el rey de Israel los hubo visto, dijo a Eliseo: ¿Los mataré, padre mío? Él le respondió: No los mates. ¿Matarías tú a los que tomaste cautivos con tu espada y con tu arco? Pon delante de ellos pan y agua, para que coman y beban, y vuelvan a sus señores. Entonces se les preparó una gran comida; y cuando habían comido y bebido, los envió, y ellos se volvieron a su señor. Y nunca más vinieron bandas armadas de Siria a la tierra de Israel (RVR1960).

En cierto modo, esta ha sido repetidamente la experiencia de los creyentes. Rodeados de enemigos al parecer invencibles, los ojos de la fe ven más allá que los ojos de la carne, y ven que, como diría Eliseo “más son los que están con nosotros que los que están con ellos”.

Cuando el pequeño David se ofrece a pelear con el gigante filisteo, el pueblo aterrado ve a un pequeñuelo que ni siquiera puede vestir la armadura de un hombre. Pero David no ve solamente a Goliat, sino que ve también a Jehová, quien le ha dado victoria sobre el oso y el

león, y se la dará también sobre Goliat.

Esteban, el primer mártir cristiano, en el momento mismo en que le apedrean, rodeado de enemigos empeñados en darle muerte, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios. Y dijo: “He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios”. ¿Qué veían los demás, sino un pobre diablo, acusado de blasfemia, sangrando y a punto de morir? ¿Qué veían, sino la muerte, que ya rondaba el cuerpo de Esteban? Pero Esteban, puestos los ojos en el cielo, vio otra cosa. Vio que más eran los que estaban con él que los que estaban con ellos.



Eso es la fe. Como diría el autor de Hebreos, “la convicción de lo que no se ve”; ver lo que los ojos de la carne no ven, pero que no por eso es menos real.

Hace muchos años, me enseñó mi padre un poema de Campoamor —un poema que a su vez le enseñó su padre, mi abuelo. El poema comienza con una trágica escena, en que un general y su ayudante se encuentran tendidos sobre el campo de batalla, ambos gravemente heridos: Dejó

un proyectil perdido, de una batalla al final, junto a su asistente herido, medio muerto a un general.

El general es ateo y cínico, mientras el asistente es creyente fervoroso. Según continúa el poema, mientras el asistente invoca a Dios, el general maldice. Por fin, al caer la tarde, el general levanta la vista y ve los buitres dando vueltas en el cielo, y dice:

Ya hay buitres en derredor
que nos quieren devorar.

A lo que el asistente
responde: ¡Son los ángeles,
señor, que nos vienen a
salvar!



Y finalmente el poeta comenta:
Y ambos decían verdad,
pues a menudo se ve que
halla buitres la impiedad
donde halla ángeles la fe.

Donde los ojos de la carne ven buitres, los de la fe ven ángeles. Donde los ojos de la carne ven ejércitos numerosos, los de la fe ven ejércitos todavía más numerosos. Donde los ojos de la

carne ven un pobre hombre herido y apedreado, los de la fe ven los cielos abiertos, y a Jesús sentado a la diestra de Dios.

Es por esto que Jesús les dice a sus discípulos: “¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega”. Recuerdo de niño cuánto me gustaba un vitral que había en nuestra iglesia, con Jesús sentado al frente, rodeado de sus discípulos, y señalando hacia los campos y collados cubierto de trigo maduro, como meciéndose al viento. Pero eso no es lo que dice el texto que hemos leído del Evangelio de Juan. Jesús no les está diciendo a sus discípulos que basta con mirar para ver que los campos están blancos para la siega. Jesús y los discípulos no se encuentran, como podríamos imaginarnos, o como le mostraba aquel vitral, frente a un campo cubierto de espigas maduras. No. Faltan todavía cuatro meses para la siega. Con los ojos de la carne, los discípulos ven lo que todos los demás ven: que faltan cuatro meses para la siega, que la semilla apenas comienza a germinar. Que apenas sobre los surcos asoma un verdor. Eso puede verlo cualquiera con solo mirar. Pero eso no es lo que Jesús les pide a sus discípulos. Les dice al contrario que si levantan la vista, si la levantan más allá de lo que los ojos

ordinarios pueden ver, verán otra realidad. Verán, tras ese verdor que apenas asoma sobre los surcos, los campos blancos para la siega, la realidad que ha de ser, la realidad que ha de dominar sus propias vidas. Con los ojos de la carne, se ve que faltan cuatro meses para la cosecha. Pero con los de la fe, vemos los campos blancos para la siega.

Y lo mismo resulta con nosotros hoy. Si miramos estos campos Nuestra América, nos parece que sólo hay un ligero verdor sobre la tierra. Que apenas unas pocas semillas empiezan a germinar. Y hasta esas semillas están amenazadas por mil dificultades. Si miramos con los ojos naturales, ¿qué vemos? Vemos un pueblo que sufre y clama. Vemos gente sin tierra y tierra sin gente. Vemos obreros explotados con bajos pagos y pésimas condiciones de trabajo. Vemos familias divididas; jóvenes a quienes se les ha arrebatado hasta el privilegio de la esperanza y el aliciente de soñar. Y, quizá lo más triste de todo, vemos otros de entre nuestro pueblo que han logrado salir adelante, y que ahora tratan de olvidarse de sus orígenes humildes, del pueblo sufriente de donde salieron, y viven como si todo en la vida fuera aprovechar la buena fortuna que les ha tocado.

Vemos, sí, una iglesia entusiasta y vigorosa. Una iglesia que nos afirma un valor que el mundo nos niega, una iglesia que anuncia la promesa gloriosa de un mundo distinto; de un mundo de paz, de justicia, de libertad y de amor; de un mundo, como diría Pablo, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni extranjero, esclavo ni libre, documentado ni indocumentado, sino que Cristo es todo en todos.

Pero aun así, si miramos esos vastos campos de nuestra América, esos centenares de ciudades, de pueblos, de campos, donde todavía hay tanto que hacer, tenemos que confesar que nos hace falta que Dios nos abra los ojos para que veamos. Para que veamos, como el criado de Eliseo, que son más los que están con nosotros que los que están contra nosotros. Para que veamos, como Esteban en el momento de la muerte misma, que los cielos están abiertos, y Jesús, nuestro amigo, hermano y compañero, está sentado a la diestra del poder soberano de Dios. Para que veamos, como Jesús les dice a sus discípulos, que aunque al parecer no haya más que un ligero verdor sobre la tierra, en realidad los campos están blancos para la siega.

Pero hay más. Lo que es cierto de esos vastos campos que nos rodean es también cierto de este

otro campo que son nuestras propias vidas.

Cuando por las mañanas me miro al espejo, con los ojos de la carne veo las canas y las huellas que el tiempo ha ido dejando en mi rostro.

Cuando en las tardes tristes me miro al espejo de la conciencia, veo mi pecado, mis fracasos, mis debilidades, mis inconsecuencias, mi desidia; veo lo que pude haber hecho y no he hecho, lo que pude haber sido y no fui.

Pero cuando, ya sea en las mañanas soleadas o en las tardes tristes, me miro al espejo de Dios, me veo como Dios me ve. Me veo hijo de Dios, destinado a reinar con Dios en gloria. Me veo redimido, creado de nuevo, limpio de pecado, más allá de toda arruga y de toda corrupción.

Porque, como dice San Pablo en su Epístola a los Colosenses, “Poned la mira en las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Y cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”. Nuestra verdadera vida va mucho más

allá de esta triste realidad que vemos con los ojos de la carne, y nadie nos la puede quitar, porque está escondida con Cristo en Dios; porque es la vida de quien por nosotros murió, y quien por nosotros se levantó al tercer día, vivo de entre los muertos.

Y es así que Dios nos ve: no como el mundo nos ve, pobres, escondidos y explotados; no como nosotros nos vemos, débiles, pecadores, amedrentados. Dios conoce nuestro pecado y nuestra corrupción. Los conoce mucho mejor que nosotros mismos. Dios no puede ser engañado. Pero, en su amor y su gracia, Dios prefiere vernos, no como somos, sino cómo hemos de ser: como hijos e hijas suyos, redimidos por la sangre del Cordero, vestidos de vestiduras blancas de victoria, meciendo palmas de alegría. Y, porque lo que Dios ve es lo que es, eso es lo que hemos de ser.

Cuando nos miramos al espejo de nuestras recámaras, vemos como otros nos ven: unos gordos y otros flacos, unas gruesas y otras delgadas. Unos saludables y otros enfermos. Unas jóvenes y otras ancianas.

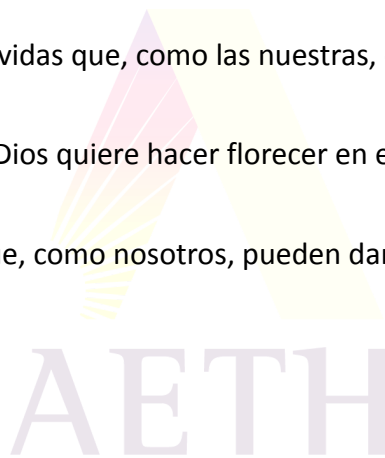
Cuando nos miramos al espejo de la conciencia, nos vemos como solamente nosotros mismos podemos vernos: con toda la inmundicia y la corrupción de nuestro pecado; con toda la desesperación de nuestra incapacidad para hacer todo el bien que debiéramos y que quisiéramos; con toda la carga del pecado que nos rodea y que nos cubre. Cuando nos miramos al espejo de la conciencia, no podemos sino clamar con Pablo: “miserable hombre de mí, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?”

Pero cuando nos miramos al espejo de Dios y de su gracia soberana, nos vemos de otro modo. Nos vemos como Dios nos ve. Nos vemos como Dios nos promete que hemos de ser: “porque cuando esto corruptible sea vestido de incorrupción, entonces lo que es en parte pasará”. Porque “ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara en cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido”.

Al espejo de Dios vemos que más allá de estas canas y de estas arrugas, que más allá de este pecado y de esta corrupción, más allá del dolor y hasta de la muerte, está nuestro verdadero ser, nuestro verdadero futuro, la promesa inmarcesible de la gloria de Dios.

Y, ¿qué requiere Dios a cambio de esta visión? Sencillamente que nosotros también vemos al mundo como Dios lo ve: no solamente en su corrupción, en sus fracasos, en su injusticia, sino también en su gloria y en su promesa.

Lo que Dios requiere es que nosotros, campos secos en los cuales ha brotado la flor de su amor, miremos esas otras vidas secas a nuestro derredor —vidas al parecer destruidas por el pecado y hasta por el vicio, pero vidas que, como las nuestras, están escondidas con Cristo en Dios. Que veamos las flores que Dios quiere hacer florecer en esos campos secos. Que amemos esos campos secos que, como nosotros, pueden dar tales flores.



Lo que Dios requiere de nosotros, campos secos en los cuales ha brotado la flor de su amor, es que miremos esos campos de Michigan, esos barrios de dolor, y los veamos, no campos secos en los que apenas asoma algún ligero verdor, sino que los veamos blancos para la siega.

Tal es la visión de la fe.

Pero lo más notable es que, cuando miramos a nuestro derredor, no ya solamente con los ojos de la carne, sino con los ojos de la fe, cosas maravillosas suceden. Lo que no era sino sequedad se vuelve jardín florido.

Los sirios que vinieron a invadir a Israel acaban siendo alimentados por sus enemigos. ¿Por qué? Porque Eliseo podía ver que eran más los que estaban con él que los que estaban con ellos. Porque Eliseo sabía que, por muy poderosos que fueran los ejércitos sirios, el Señor de los ejércitos es más poderoso que cualquier ejército.

Saulo, que sostenía las ropas mientras la multitud enfurecida apedreaba a Esteban, se volvió en el gran apóstol a los gentiles. ¿Por qué? En parte, porque Esteban vio los cielos abiertos, y a Jesús sentado a la diestra de Dios. Y porque, gracias a esa visión, Saulo le escuchó diciendo, “Señor, no les comes en cuenta este pecado”.

El poema que me enseñó mi padre continúa, hasta que por fin el general puede ver lo que ve su asistente, y la poesía termina:

Y, como era ya un creyente,
pasó lo que es natural;
que abrazado a su asistente,
subió al cielo el general.

Alcemos los ojos, mis hermanos. Alcemos los ojos, mis hermanas. Porque son más los ejércitos celestiales que están con nosotros que todos los poderes que se nos oponen. Alcemos los ojos, y veremos los cielos abiertos, y a Jesús sentado a la diestra de Dios. Alcemos los ojos, y veremos que estos campos que nos rodean están blancos para la siega. Alcemos nuestros ojos. Y con nuestros ojos alcemos nuestras plegarias. Y con nuestros ojos y nuestras plegarias alcemos también a quienes explotan al pueblo y se aprovechan de él, a ese vecino que habla mal de nosotros, a aquel otro que nos desprecia, llevándolos hasta la presencia misma de Dios, como Eliseo llevó a los sirios hasta Samaria, como Esteban llevó a Saulo hasta Jesús, como el asistente llevó consigo al general.

Alcemos los ojos, y veremos que los campos están blancos para la siega. Alcemos los ojos, y veremos que son más los que están con nosotros que los que están contra nosotros. Alcemos nuestros ojos, y veremos que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Alcemos nuestros ojos, y con nuestros ojos alcemos nuestras voces, anunciando esta nueva realidad que ya

asoma, aun cuando falten cuatro meses para la siega: esa nueva realidad de un mundo en que no hay judío ni griego, esclavo ni libre, ni rico ni pobre, sino que Cristo es el todo en todos.

¡Amén! ¡Así sea!

